VIOLENCIA - 12

Luis Pedro España N.

La violencia del futuro

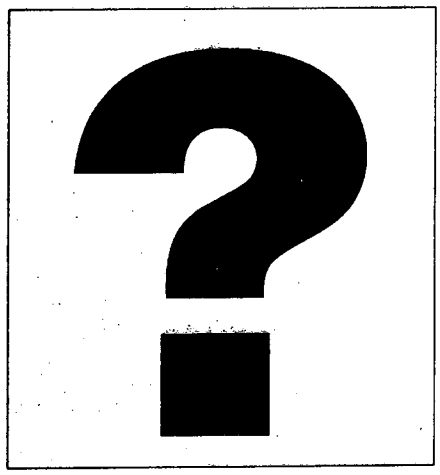
A partir de los señalamientos de causas de la explosión de violencia en Venezuela registrada en los últimos años, parece quedar claro que las variables de las cuales depende que la violencia manifiesta siga inundando los espacios sociales en el país tienen que ver con la forma como Venezuela logre tramitar la transición de país de capitalismo petrolero a otro de capitalismo normal.

Dicho trámite puede realizarse de diversas maneras; no obstante creemos que la clave para que éste sea lo más pacífico posible dependerá de lo que ocurra en el ámbito de lo político y en la construcción o generación de nuevos contenidos culturales, creados desde los diversos espacios sociales y, muy especialmente, en la vida cotidiana, que se ajusten a las nuevas realidades del país.

Aquí suponemos que, a no ser que ocurra algún evento (o sucesión de ellos) imposible de prever desde los datos de la realidad de hoy, la dinámica económica del país está lo suficientemente encuadrada dentro de la tendencia de globalización y homogeneización mundial como para figurarse una tendencia económica distinta a la del paso de un capitalismo petrolero a un capitalismo normal.

Siendo así, la probabilidad de revertir las inclinaciones del sistema económico son mínimas y quizás aun las reversiones posibles incluso puede que sean indeseables. Partiendo de lo anterior, lo que se impone es desarrollar y elevar el grado de institucionalidad del sistema político para que éste sea capaz de abrir mecanismos de canalización pacífica de los conflictos que se están generando desde la esfera económica, entre otros, y que degeneran en violencia de todo tipo dado el bajo nivel de institucionalidad democrática.

La ineficiencia estatal para atender los problemas públicos por parte del Estado social, la inoperancia del papel regulador y prestador de justicia del Estado liberal y la crisis de representatividad del Estado democrático, son algunos de los cambios institucionales que deben registrarse



en Venezuela para que la transición, a la que estamos expuestos, resulte del modo menos violento posible.

Sin embargo, los cambios en el ordenamiento político-institucional señalado, por muy complejos que éstos sean y por todo el avance pacificador que puedan reportar, no bastan. Por más que la confección reformista logre diseñar vías legales y legítimas por las cuales canalizar las diferencias y las disputas de interés, hacen falta cambios aún más profundos y aún mucho más costosos en términos de tiempo, que los inscritos en la esfera institucional. Nos referimos a la conformación de nuevos códigos culturales o imaginarios, que logren suplantar la función de contención a la violencia que habían logrado nuestras morales petroleras, hoy inviables por disonantes con la realidad.

Sobre esto último aún queda todo por decir. Lo congruente, con la tendencia de cambios que se están operando en el país, supondría la instauración de una moral cívico-liberal cuyos símbolos aún se están construyendo desde las élites económicas del país; pero ella en modo alguno constituye por completo parte del repertorio cultural de esas élites o de otros sectores sociales, incluso los grupos medios. Tanto para éstos como para los otros persiste de una u otra forma la moral paternalista que tanto reforzó nuestro esquema petrolero rentista.

La instauración de la moral cívico-liberal, dado que supone la superación del paternalismo irresponsable, es básica para la conformación de una sociedad cuyos individuos son productores de riqueza, lo cual sería congruente con la tendencia económica requerida por el país. Tal y como la hemos expuesto, es decir, una donde los ingresos dependerán exclusivamente del nivel de productividad de las fuerzas sociales del país.

Esta moral liberal parece ser una tendencia imposible de suspender o eludir, aunque ella no significará por sí sola una base cultural para la paz; ésta puede que termine imponiendose bajo un esquema institucional o por el uso de la fuerza.

Si, como decíamos al principio, la explosión de violencia en Venezuela, a raíz de la profundización de los conflictos, degenera en situaciones sociales cercanas al caos, una intervención militar probablemente sea indetenible. Así, nuestro escenario pesimista de violencia, dibujado desde las situaciones que han vivido o viven otros países Latinoamericanos, lejos de aproximarnos al caso colombiano actual, podría parecerse más bien a la época del Chile de Pinochet. En este caso, la violencia institucional de Estado instaura por la fuerza una moral militar-liberal, tramitando entonces, bajo este esquema, la transición que se está comenzando a operar en el país.

La forma de revertir este posible escenario pesimista y no deseado de

evolución futura de la violencia, tiene que ver con la interiorización de dos conjuntos de valores, que pudieran acompañar a la moral liberal (sólo entonces civil); nos referimos a una moral democrática y a otra de la solidaridad.

La primera de ellas es clave para poder darle continuidad al régimen de libertades y derechos de ciudadanía que fueron inaugurados en 1958. La moral de la democracia pasa por el convencimiento de que sólo a partir de los valores de la tolerancia y el pluralismo se pueden mantener y perfeccionar los procedimientos democráticos de resolución pacífica de los conflictos por medio de los sistemas de representación y ejercicio de la voluntad popular.

Más allá del consenso societal sobre las reglas del sistema democrático basadas en una función de utilidad, como ha sido hasta el presente, la moral democrática supone el convencimiento general o mayoritario de que dichas reglas permiten asignar, por un medio universalístico, la división entre perdedores y ganadores en la sociedad, y que, a su vez, los procedimientos democráticos tienden a garantizar la alternatividad en esas posiciones, es decir, que los perdedores de hoy puedan ser los ganadores de mañana.

La moral cívico-liberal unida a la democrática aún no bastan para garantizar la minimización de la violencia manifiesta. Hace falta la incorporación de la moral de la solidaridad. Una según la cual «los eternos perdedores» de las reglas liberales dispongan de redes de ayuda que les permitan dejar de ocupar esa posición. Supone también la atención por lo comunitario y público, tratando de compensar lo pernicioso que pueda haber en la formulación de valores únicamente centrados en lo individual y privado.

Estos tres nuevos contenidos se construyen desde diversas partes del orden social. En la propia vida cotidiana existen espacios donde algunos de los valores citados están presentes, otros se encuentran en procesos más globales dentro de la propia dinámica económica y política, y el resto quizás aguardan por el desarrollo futuro. Sin embargo, la única forma de que afloren los distintos componentes de estas morales pacificadoras es que el país no retroceda en los avances democratizadores que ya ha experimentado y que pugnan por su profundización.

Por supuesto, la sucesión de eventos futuros no supone la evolución lineal desde un tiempo más violento a otro que lo será menos. Por el contrario lo que está planteado es la profundización de la violencia en Venezuela. El cambio en los componentes de algunos constructos culturales nuevos puede que desencadenen en más violencia.

El trámite de nuestra transición, tal y como puede ser mínimamente prevista, puede darse con o sin libertad política, con mayor o menor grado de solidaridad, desde la perspectiva del productor responsable o del rentista aprovechador. De la combinación de estos tres elementos dependerá el saldo de violencia que aún debamos padecer, antes de crear las condiciones que el paradigma civilizatorio occidental propone como dinámica societal y que la sociedad venezolana hasta ahora acoge.

Quedaría entonces para muchas otras generaciones la superación de la violencia estructural que aun bajo este paradigma de organización social aún persiste.

(1) Nos referimos a las investigaciones que sustentan el presente trabajo